

## Las Granjas del Futuro

English title: *Farms of the Future* (blog, June 4th, 2019)

**Escrito por / written by: Isabel Marlens – Special Projects Coordinator, Local Futures**

**Traducido por/ translated by: Lily Ortega**

Hou Xueying, una madre de Shanghai, estaba cansada de los sustos de la seguridad alimentaria y de una vida en la ciudad desconectada de la tierra. Entonces ella mudó a su familia al campo para aprender sobre agricultura sustentable. Sus padres lo desaprobaron; habían luchado por darle una vida cómoda en la ciudad—no podían entender por qué ella tiraría todo a la basura. Cuando llegó al campo, descubrió que la generación anterior de granjeros solo podía decirle cómo cultivar así como ellos lo hacían, usando fertilizantes químicos, insecticidas tóxicos.

Aún así, persistió, y hoy dirige una granja orgánica diversificada que es, en sus palabras, un "ecosistema autosuficiente." Cría una amplia variedad de animales y cultivos, utilizando técnicas ingeniosas—como permitir que los patos entren al arrozales—para fertilizar plantas y eliminar plagas sin usar productos químicos. También ha convertido su granja en un lugar de aprendizaje, enseñando a los niños de la ciudad de donde proviene su comida. A pesar de todo esto, Hou Xueying ha encontrado una comunidad que comparte sus valores por primera vez. Ella cree que la importancia del estilo de vida agrícola se extiende mucho más allá de poner buena comida en la mesa. Como explica en el cortometraje, *Cultivado con Amor*, "Solo los amantes conscientes de la comida pueden salvar al mundo."

Muchos de nosotros hemos escuchado alguna versión de esta estadística: la edad promedio de los agricultores en todo el mundo ronda cerca de los sesenta años. En los Estados Unidos, los agricultores mayores de sesenta y cinco superan en número a los agricultores menores de treinta y cinco por un margen de seis a uno. Gente como Hou Xueying está yendo contra la corriente que ha estado sacando a los jóvenes de la tierra durante mucho tiempo, dejando a las personas mayores solas en las granjas, sin que nadie tome su lugar una vez que se van (excepto, cada vez más, robots). Así que, en verdad, a medida que esta generación anterior de granjeros se retira—una generación que adoptó ampliamente la agricultura industrial a gran escala—la pregunta se vuelve más apremiante—¿quién cultivará los alimentos del futuro y cómo serán sus granjas?

Toda persona en la tierra necesita comida todos los días. Todos los días, los alimentos son cuidados, cosechados, transportados, almacenados y servidos en nuestras mesas. En un sentido muy real, la comida no puede separarse de la vida misma. Y así se ha dicho que cambiar la forma en que cultivamos y comemos es una de las herramientas más poderosas que tenemos para cambiar nuestras economías y la sociedad en general.

Entonces, cuando preguntamos: ¿cómo serán las granjas del futuro? Realmente deberíamos preguntarnos: ¿cómo queremos que sea el futuro? Y entonces las respuestas pueden comenzar a surgir. Aunque muchos están enamorados de las soluciones tecnológicas, otros han señalado los inevitables impactos ambientales de la tecnología, la forma en que fortalece los monopolios corporativos y los efectos ya evidentes, y aún

imprevistos, que tiene en la sociedad, incluida la salud y la felicidad humana. Cuando miro a los jóvenes que conozco, en los temas que más les preocupan, cuatro puntos de enfoque salen a la superficie. Estos pueden clasificarse de manera bastante amplia como: clima y medio ambiente, diversidad en sus múltiples formas, desigualdad económica y falta de comunidad, *soledad*. Los jóvenes no quieren trabajar la tierra si eso significa trabajar largas horas por un salario bajo, utilizando productos químicos peligrosos, mientras que los frutos de su trabajo se llevan a beneficio de los ejecutivos de corporaciones que nunca conocerán. Pero eso no significa un futuro en el que no trabajemos la tierra en absoluto. De hecho, significa todo lo contrario.

El cambio climático y la agricultura están completamente entrelazados. Como estoy seguro de que muchos de nosotros ya sabemos, nuestro sistema alimentario industrial globalizado es uno de los principales contribuyentes al cambio climático antropogénico. La maquinaria y los químicos involucrados en la agricultura industrial dependen en gran medida de los combustibles fósiles. Lo mismo ocurre con el envasado y la refrigeración, sin mencionar el transporte de alimentos en todo el mundo en camión, barco y avión. Muchos países importan y exportan cantidades casi idénticas de los mismos productos. Todo esto crea actividad económica, que se suma a los indicadores de "progreso" como el PIB; no se reflejan en estos números los costos ambientales de todos los combustibles fósiles quemados en el proceso. Al mismo tiempo, cada vez más bosques, pastizales y humedales que ayudaron a mantener el equilibrio casi perfecto del ciclo del carbono hasta el inicio de la revolución industrial han sido destruidos para dar paso al ganado o los cultivos anuales, que no juegan el mismo papel en el aislamiento del carbono. Esto causa más estragos en los sistemas naturales para estabilización del clima de la tierra. Por otro lado, el cambio climático está amenazando a la agricultura tal como ya sabemos. Las temperaturas cada vez más extremas y los fenómenos meteorológicos perjudican los cultivos alimentarios. Los estudios muestran que las partes del Sur global donde las personas ya tienen inseguridad alimentaria son las más afectadas. Muchas de estas regiones son partes del mundo menos industrializadas, menos "desarrolladas" y, por lo tanto, contribuyeron poco a la creación de esta crisis y, sin embargo, son las que más sufren. En resumen, los monocultivos industriales—esas grandes granjas que ves con acres y acres de maíz o soya, sin mencionar esos corrales de engorda de ganado gigante—son sistemas que se degeneran, *mueren*, con el tiempo. Producen más emisiones de carbono de las que aíslan. Sus pesticidas matan insectos, incluidos los polinizadores, una tendencia que pronto puede iniciar "el colapso de la naturaleza." Cada año, absorben los nutrientes del suelo y los reemplazan con productos químicos tóxicos. Extraen agua de las cuencas hidrográficas locales, las contaminan y las dejan escurrir en los canales o se evaporan cuando llega el clima cálido, en lugar de emplear técnicas de manejo que les permita hundirse para reponer los acuíferos locales. Eventualmente, la tierra tratada de esta manera se vuelve estéril, erosionándose para crear zonas muertas en ríos y océanos o siendo levantada por el viento para unir las partículas en el aire, envenenando los pulmones de los seres humanos (es revelador un informe reciente mostró que Fresno y Bakersfield, en el corazón del Valle Central lleno de granjas industriales de California, tienen la peor contaminación de partículas en los Estados Unidos). El aire es verdaderamente gris en esos lugares. Los cultivos producidos en estas granjas se envían por camión o barco a las fábricas donde se procesan y empaquetan— utilizando más recursos—y finalmente se envían a nuestros

hogares, a menudo en una forma que es tan mala para nuestros cuerpos como el polvo lo es para nuestros pulmones. Así es como se ve la agricultura en una economía corporativa globalizada, donde, al igual que los nutrientes del suelo, el sustento se absorbe de las comunidades agrícolas y se desvía hacia los cofres de algunas corporaciones gigantes. Pero como estoy seguro de que muchos de nosotros sabemos ahora, no es así como debe ser la agricultura, de ninguna manera. Las granjas pueden ser regenerativas, sistemas vivos, que producen una recompensa pero no desperdician. Pueden satisfacer las necesidades de una comunidad local,—si esa comunidad está dispuesta a aceptar la idea de comer una dieta principalmente de temporada, adaptada localmente—sin necesidad de transporte de larga distancia en camiones, barcos o aviones. Las granjas no tienen que ser emisores netos de carbon—las plantas absorben CO<sub>2</sub> cuando realizan la fotosíntesis y solo lo emiten muy lentamente, a través de la respiración y la descomposición; estudios muestran que, si se manejan correctamente, las granjas, los huertos e incluso los sistemas de pastoreo de animales pueden convertirse en lugares que se hunden y aíslan CO<sub>2</sub>. No solo eso, sino que son los mismos tipos de sistemas agrícolas diversificados que hacen que las personas sean más resistentes frente al cambio climático. Si cultivamos un tipo de frijol, por ejemplo, como cultivo comercial, y luego el verano es demasiado caluroso para esa

variedad, perdemos absolutamente todo—todas nuestras ganancias, que habríamos usado para comprar alimentos durante todo el año. Sin embargo, si hacemos crecer una variedad diversa de cultivo, todos con limitaciones climáticas ligeramente diferentes, entonces no solo una ola de calor nos hará no detenernos, sino que podremos alimentarnos a *nosotros mismos*, directamente desde nuestros propios patios en casa, sin importar lo que pase. De hecho, hay muchos puntos a favor de las pequeñas granjas diversificadas. Incluso se ha demostrado que una diversificación mínima aumenta los rendimientos de los cultivos, mientras que los sistemas intensivos de permacultura, que recientemente han sido reconocidos por la ciencia, tienen el potencial de transformar completamente nuestro concepto de productividad y de lo que es una "granja."

Pero eso es solo el comienzo.

Cuando hablamos de "granjas diversificadas," generalmente nos referimos a la diversidad de cultivos. Pero también existe una biodiversidad salvaje, diversidad humana, diversidad cultural, diversidad de idiomas, diversidad en formas de pensar y ser—todo lo cual se opone al monocultivo *humano* de consumo corporativo que se está extendiendo tan rápidamente e insidiosamente. Los investigadores han correlacionado la biodiversidad con la diversidad lingüística, mientras que otros han encontrado que ciertas regiones funcionan como "refugios bioculturales," que albergan "colocar recuerdos sociales específicos relacionados con la seguridad alimentaria y la administración de la biodiversidad." Es fácil ver que estas ideas cobran vida. El contexto de una cultura alimentaria—variedades de cultivos, las especies locales y la geografía, el idioma y otros aspectos de la cultura, como la preparación de alimentos, celebraciones, formas de transmitir el conocimiento a la próxima generación, están íntimamente relacionados. Pierde cualquier elemento y todo el sistema se ve amenazado. Los colonizadores han retirado a los pueblos indígenas de su tierra desde hace mucho tiempo sabiendo que esto a su vez los privará de su cultura alimentaria y

los hará dependientes de la economía del colonizador, creando ondas de destrucción cada vez mayores.

De la misma manera que una cultura colonizadora espera poner al mundo a trabajar con un solo propósito (generalmente, crear riqueza para un conjunto específico de élites colonizadoras), las vastas granjas industriales destruyen diversos ecosistemas y los reemplazan con una sola especie, como el maíz. Esta ha sido una fuerza impulsora detrás de la sexta extinción masiva que amenaza con urgencia toda la vida en la tierra. Pero los seres humanos también son especies animales, después de todo, quien podría estar desempeñando roles de apoyo en diversos ecosistemas, en lugar de actuar como agentes de destrucción. De hecho, el maíz ahora tiene una mala reputación en muchas partes del mundo, pero el maíz y los humanos que lo ayudaron a evolucionar hace miles de años no tienen la culpa. Hay pocas cosas más hermosas que los exquisitos granos de las variedades de maíz ancestral que durante mucho tiempo proporcionó la base de una dieta sana, vibrante y equilibrada para las personas en todo lo que ahora es México y los Estados Unidos—y que todavía lo hacen para algunos hoy en día. Estas variedades están adaptadas para ser resistentes a la sequía, para soportar extremos de calor o frío, y son parte integral de muchos aspectos de las culturas que dependen de ellas para sobrevivir.

Esto nos vuelve a la idea de un clima cambiante, extremo. Durante todos los años que las personas han estado plantando semillas, han estado participando en un proceso de adaptación evolutiva: han estado seleccionando las semillas que prosperaron en su suelo particular, con sus condiciones climáticas particulares, su luz particular. Los bancos de semillas son excelentes—especialmente aquellos que solo guardan variedades indígenas patentadas no corporativas; pero no son suficientes. Necesitamos bancos de semillas vivos, semillas plantadas todos los años—facilitadas para un futuro incierto—si queremos una verdadera esperanza de supervivencia.

No solo eso, sino que los agricultores que cultivan un solo cultivo para la exportación en lugar de cultivar para su comunidad local están a merced de otra fuerza tan volátil como el clima: la economía global. Muchos de nosotros recordamos *The Grapes of Wrath* (*Uvas de la Ira*) la

imagen de hombres que rocían naranjas con queroseno, arrojan papas al río y las protegen con armas de fuego, mientras los niños de los trabajadores migrantes miraban hambrientos. Las versiones modernas de esto todavía suceden. Millones de personas tienen hambre y, sin embargo, la cantidad de alimentos que desperdiciamos todos los días es absolutamente asombrosa.

Como escribió John Steinbeck, en 1939, en un pasaje que todavía captura la esencia del sistema alimentario global de hoy: “Aquí hay un crimen que va más allá de la denuncia. Hay un dolor aquí que el llanto no puede simbolizar. Aquí hay una falla que derriba todo nuestro éxito. La tierra fértil, las hileras rectas de los árboles, los troncos robustos y la fruta madura. Y los niños que mueren de pelagra deben morir porque no se puede sacar provecho de una naranja.”

Por supuesto, la economía global en general es muy desigual. Esto se relaciona con el

sistema alimentario de diferentes maneras en diferentes partes del mundo. En los países ricos e industrialmente desarrollados, los alimentos frescos, locales y orgánicos generalmente se consideran accesibles solo para personas de altos ingresos (y en gran medida esto es cierto), mientras que la agricultura orgánica se considera una ocupación accesible solo para personas con privilegio (también cierto, en algunos casos). Mientras tanto, en el mundo menos "desarrollado," los alimentos cultivados y adaptados localmente, junto con la agricultura, a menudo se estigmatizan como atrasados, mientras que los alimentos procesados llenos de grasa y azúcar que han causado estragos en la salud del mundo desarrollado se mantienen como símbolos del futuro.

Creo que generalmente es incorrecto decirle a alguien lo que debería o no debería comer, pero es importante cuestionar este tipo de suposiciones. Por el momento, la comida orgánica local de alta calidad es un símbolo de privilegio en los países desarrollados. Pero esto se debe a un sistema económico fraudulento—en el que las leyes fiscales, los acuerdos comerciales, los subsidios gubernamentales y los presupuestos publicitarios absolutamente escandalosos para cosas como bebidas azucaradas y alimentos procesados, refuerzan sistemáticamente a las corporaciones multinacionales—y no debido a la calidad inherente a los alimentos en sí. Una vez, no hace mucho tiempo, fueron las personas menos privilegiadas económicamente las que cultivaron productos orgánicos frescos ancestrales—de una calidad con la que muchos de nosotros solo podemos soñar hoy en día—en patios de casa, en granjas, en lotes vacíos. Hoy, pensamos que las comidas procesadas y rápidas son las opciones más baratas. Pero esto, una vez más, se debe a que los gobiernos están otorgando subsidios a los productores de maíz y soya, aumentando las tasas de seguro y préstamo para los productores de frutas y verduras, y otorgando cada vez más poder a las grandes empresas. Pensamos en cultivar la propia comida como algo que solo es accesible para aquellos con privilegios, y en gran medida esto también es cierto. La tierra es prohibitivamente costosa, y el tiempo, bajo el capitalismo, es el recurso más escaso y máspreciado de todos. Al director ejecutivo típico se le paga 162 veces más de lo que ganan sus empleados de bajo nivel por año, y muchos deben trabajar en múltiples trabajos y semanas de ochenta horas si quieren alimentar a sus familias. Por supuesto, la mala calidad de los alimentos accesibles contribuye a problemas de salud que requieren más tiempo y aumentan las cargas financieras.

Estas son injusticias estructurales horribles, y las estructuras que las cometen deben ser desmanteladas. Sin embargo, si bien el sistema alimentario es un excelente lugar para comenzar, no debemos olvidar que muchas de las personas que han sido responsables del cultivo de alimentos durante los últimos cientos de años lo han hecho en el contexto de la esclavitud, del habitante explotador, o agricultura migratoria, dejando legados de trauma relacionados con la tierra y los alimentos que no pueden ni deben olvidarse fácilmente.

Sin embargo, a pesar de estos errores absolutamente innegables, muchos comienzan a estar de acuerdo en que sin soberanía alimentaria (definido aquí como: *"El derecho de los pueblos a alimentos saludables y culturalmente apropiados producidos a través de métodos ecológicamente racionales y sustentables, y su derecho a definir sus propios alimentos y*

*sistemas agrícolas,)*” no podemos tener un control significativo sobre nuestras vidas o nuestros futuros. Como Leah Penniman, de Soul Fire Farm en Albany, Nueva York, señala, hay mucho racismo incorporado en el sistema alimentario—segregación racial alimentaria, así como lo describe—y la separación de ciertas personas de la tierra y la buena comida no ha sido un accidente. Ella es una de muchas a la vanguardia de un movimiento que está reconectando a personas marginadas sistémicamente con la tierra y la comida. Esto puede ser tan simple como cultivar alimentos frescos en lotes baldíos, en tejados, en terrenos de edificios comunitarios como bibliotecas, escuelas, iglesias. Los “intercambios de cultivos” o movimientos como #FoodIsFree—formas de intercambiar productos a bajo costo o sin costo—son soluciones sorprendentes que no solo igualan el juego local de alimentos, sino que también unen a las personas y forman una comunidad real.

Mientras tanto, en el Sur global, algunos rechazan la idea de que dejar la tierra por ciudades contaminadas y superpobladas es una señal de progreso. El ingreso de uno podría ser mayor trabajando en una fábrica urbana que en una aldea rural. Pero ese aumento de ingresos no refleja necesariamente una mayor calidad de vida. En las aldeas donde las personas poseen su propia tierra y viven como lo han hecho durante generaciones—usar agua limpia, comer alimentos locales, fabricar ropa y otros bienes con materiales de origen local, depender del apoyo de la comunidad para cosas como el cuidado infantil—una vida cómoda puede costar casi nada. (Esta es la razón por la cual el acaparamiento corporativo de tierras, para fines como la minería, la tala, la extracción de petróleo y la agricultura industrial, se encuentran entre los problemas de derechos humanos más apremiantes de nuestro tiempo). En confirmación de esto, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación ha declarado que la pequeña agricultura familiar es la única forma de alimentar a una población en crecimiento, mientras que los poderes económicos que lo han confirmado han creado un clima en el que quienes luchan por los derechos sobre la tierra deben temer por sus vidas.

Al final, se podría decir que todo se reduce a esto: si *todos* despojamos nuestro tiempo, energía y dinero de las corporaciones que llenan las mega tiendas y supermercados, e invertimos en *nosotros mismos*, en agricultores locales y pequeñas empresas locales, entonces podemos mantener dinero y recursos preciados que circulan en nuestras comunidades. Cuando lo hacemos, la creación de economías alimentarias locales puede desempeñar un papel significativo en la igualdad de la sociedad en su conjunto. Y hay beneficios adicionales. Cuando las personas y los gobiernos locales reclaman sus recursos, debilitan el poder económico de las corporaciones y fortalecen la democracia. No solo eso, sino que las sociedades que no dejan a las personas desesperadas son sociedades en las que las personas tienen menos probabilidades de volverse unas contra otras. Existe la posibilidad de una disminución de la xenofobia y los conflictos, y de que diversas comunidades se unan, en cambio, contra los verdaderos enemigos: aquellos que se benefician *enormemente* de un sistema de injusticia grave y desigualdad.

Nashira es una ecoaldea urbana cerca de la ciudad colombiana de Cali. Está dirigida en su totalidad por mujeres, en su mayoría de familias de bajos recursos, y muchas de las cuales se quedaron como madres solteras por décadas de conflicto civil. Otras mujeres

que viven en Nashira son sobrevivientes de abuso doméstico o sexual. Todas buscan un lugar seguro para criar niños y una forma de llevar comida a la mesa.

Nashira puede proporcionarles ambos—y más. Es una ecoaldea autosuficiente, con un sistema de gobierno democrático matriarcal, que se construye y opera bajo estrictos principios ecológicos. El hecho de que los residentes de Nashira cultiven sus propios alimentos como comunidad, además de producir y vender alimentos sustentables para obtener ingresos, les ha dado a muchas de estas mujeres y a sus familias una verdadera seguridad, libertad y estabilidad por primera vez en sus vidas.

En todo el mundo, están surgiendo ecoaldeas más o menos como Nashira. Son el hogar de todo tipo de personas y, sin embargo, tienden a compartir una cosa en común: un enfoque en

la importancia de cultivar alimentos como comunidad para la sustentabilidad, la independencia económica, la salud y la felicidad. Ha habido mucha discusión sobre la mejor forma de nombrar nuestro tiempo en la historia—tal vez la "¿Era Tecnológica?"—pero George Monbiot ha declarado que puede describirse con mayor precisión como "La edad de la soledad." Nuestras estadísticas de salud mental son sombrías—incluidas, en particular, las estadísticas de suicidio de los agricultores que luchan en el sistema alimentario industrial (aquí hay algunos de los EE. UU. e India). Trabajamos largas horas y dependemos de unas pocas corporaciones para todas nuestras necesidades básicas (viendo hacia ti, Amazon), mientras que la tecnología permite cada vez menos interacciones humanas (muchas personas que conozco reciben sus alimentos mientras están en el trabajo, y nunca ven el interior de una tienda en absoluto). Si bien han surgido comunidades en línea que tienen fines benéficos, simplemente no es suficiente. Los seres humanos son animales sociales. Hemos evolucionado para confiar el uno en el otro—para todo. Estamos tranquilos por las relaciones interdependientes y mutuamente benéficas, por el apoyo y el intercambio. También estamos tranquilos, fortalecidos y satisfechos al trabajar con plantas y animales vivos, especialmente cuando, al hacerlo, podemos alimentar a nuestras familias de forma segura. En todo el mundo, el cultivo de alimentos ha demostrado ser benéfico para presos, niños de edad escolar, jóvenes en orfanatos, las personas sin alojamiento, y sobrevivientes de traumas.

Y, por supuesto, todos sabemos que no hay nada mejor que la comida para unir a las personas. Ya sea organizando un grupo de trabajo para recoger los granos, planeando fiestas de intercambio de productos, preparando comidas para la celebración o simplemente encontrándose con amigos en un mercado local durante las compras diarias, las interacciones que tenemos en el contexto de una cultura alimentaria local hacen del mundo un lugar menos solitario

Ok, las granjas del futuro deben ser lugares de celebración regenerativos, diversos, accesibles, orientados a la comunidad. Pero para muchos de nosotros—en particular aquellos que están interesados en convertirse en *agricultores*—todavía hay muchas barreras en el camino para comenzar.

El costo de la tierra es el más grande. En los Estados Unidos, entre 1992 y 2012, cada minuto se perdieron tres acres de tierras de cultivo para el desarrollo. Particularmente

cerca de los centros urbano—donde los agricultores orgánicos encuentran sus mercados más grandes— los promotores de bienes raíces pueden pagar mucho más de lo que los agricultores pueden pagar (los bancos están nerviosos por prestar a los agricultores en las mejores circunstancias, y para los jóvenes agricultores que comienzan con la deuda estudiantil las perspectivas son aún peores). En este momento, con los promotores de bienes raíces haciendo cuentas de los nuevos desarrollos, el PIB aumenta cuando se transportan alimentos a través de las fronteras nacionales, y la industria de los combustibles fósiles todavía se beneficia de las largas distancias entre productores y consumidores—por extraño que parezca en nuestro mundo en llamas—sigue siendo poco incentivo para aquellos en el poder para cambiar este sistema. Afortunadamente, varias organizaciones y gobiernos locales han asumido el difícil trabajo de explorar modelos alternativos de propiedad de la tierra, establecer fideicomisos de tierras agrícolas y otorgar préstamos con intereses bajos o nulos a los agricultores principiantes. Modelos como Community Supported Agriculture (CSA), en el que los miembros de la comunidad pagan por los alimentos compartidos al comienzo de una temporada de crecimiento, brindan a los agricultores redes de seguridad financiera vitales que les ayuda a mantenerse a flote.

Obtener derechos sobre el agua y encontrar tierras no contaminadas por la industria puede presentar más obstáculos. Entonces, superar expectativas como "tengo derecho a comer fresas frescas en invierno sin importar dónde viva"—cuando de hecho, comer productos de temporada y adaptados localmente puede conducir a una dieta general de mayor calidad,

especialmente para aquellos dispuestos a tomarlo como un desafío creativo. Lo mismo ocurre con declaraciones contrarias como "la agricultura orgánica es menos productiva" o "las pequeñas granjas no pueden alimentar al mundo." Si bien la primera puede parecer cierta si se compara la producción orgánica a gran escala convencional del mismo cultivo, las estadísticas generalmente se seleccionan para apoyar los intereses corporativos, y toda la conversación cambia si amplía su discusión para incluir diferentes modelos agrícolas—como sistemas integrados altamente diversificados. Cuando se trata de comparar granjas grandes versus pequeñas, ya hay muchos datos: las granjas familiares pequeñas o medianas producen más del 80% de los alimentos del mundo, utilizando solo el 12% de la tierra agrícola. Un gran problema radica en el hecho de que, en una *medida muy alarmante*, los grandes agronegocios financian la investigación agrícola en las universidades.

Luego están los desafíos para obtener sabiduría agrícola local, particularmente en regiones donde la mayoría de la gente dejó la tierra hace mucho tiempo. Finalmente, existe la dificultad de superar los estigmas, como Hou Xueying tuvo que hacer, en contra de trabajar la tierra— combatiendo la idea de que una vida agrícola es "atrasada" y no moderna—siguiendo estas ideas hasta su origen y cortándolas desde la raíz. Solo podemos esperar que a medida que se formen nuevas culturas alimentarias y que las antiguas evolucionen en todo el mundo, este proceso pueda expandirse y crecer por sí solo.

Afortunadamente, este crecimiento ya ha comenzado. Las personas de todo el mundo



están trabajando arduamente para crear versiones diversas y vivas de las granjas del futuro. Como forma de vida, sería bueno pensar que realmente podría ponerse al día, y algún día ser accesible para la mayoría de nosotros. Solo necesitaremos seguir luchando por el acceso, dándonos apoyo mutuo, desenterrando la prueba sólida y tangible de que un futuro local de alimentos es real, y no una fantasía que pronto abandonaremos, un sueño vago de lo que podría haber sido, de lo que hablamos en tono amargo mientras los robots continúan con la siembra.

Read blog in English here: <https://www.localfutures.org/the-farms-of-the-future/>

Read all our blogs here: <https://www.localfutures.org/blog/>